

“NO TEMAS, QUE YO ESTOY CONTIGO” (Is 43,5)

CLAVES DEL ANTIGUO TESTAMENTO PARA EL ACOMPAÑAMIENTO

Ianire Angulo Ordorika

Sumario: El “acompañamiento” ha dejado de ser un término técnico limitado a la esfera religiosa, pues su uso se ha ampliado a otros ámbitos, como la educación o la empresa. Esta necesidad de atender a la persona de forma individual exige que todo agente de pastoral lleve a cabo esta tarea con quienes participan en actividades pastorales. Volver la mirada hacia la Escritura nos permitirá reconocer algunas de las peculiaridades que deberían caracterizar un acompañamiento en clave cristiana. Si bien son frecuentes los estudios que se centran en el Nuevo Testamento, no lo es tanto fijarse en el modo en que Dios acompaña a su pueblo a lo largo del Antiguo Testamento. Este artículo pretende cubrir esta carencia y reconocer algunas pistas en la primera parte de la Biblia que nos ayuden a esta misión pastoral.

Summary: Spiritual direction as a technical term has ceased to be limited to the religious sphere, because its use has been extended to other areas such as education or business. The need for individual, personal care requires that every pastoral agent carries out this task together with those who participate in pastoral activities. Going back to Scripture will allow us to recognize some of the peculiarities that necessarily characterize spiritual direction or pastoral care in a Christian setting. While studies abound that focus on the New Testament, less frequent are the ones that examine the way God accompanies his people throughout the Old Testament. This paper aims to fill this gap in acknowledging, in the first part of the Bible, essential clues that nourish and foster our pastoral mission.

Palabras clave: Acompañamiento, pastoral, Antiguo Testamento, agente de pastoral.

Key words: Spiritual Direction, Pastoral care, Old Testament, Pastoral Agent.

Fecha de recepción: 20 de julio de 2020

Fecha de aceptación y versión final: 31 de agosto de 2020

1. Acompañamiento en la pastoral: ¿Algo más que una moda?

El reconocimiento de nuestra identidad personal no siempre ha tenido el valor que le otorgamos en la actualidad. De hecho, no era así en la mentalidad bíblica ni en las culturas antiguas¹. Ahora, en cambio, la conciencia de que somos únicos e irrepetibles nos resulta un logro irrenunciable que abarca todas las dimensiones de nuestra

¹ Sobre la concepción del individuo desde una identidad colectiva en el cambio de era, B.J. MALINA, *El mundo del Nuevo Testamento. Perspectivas desde la antropología cultural*, Verbo Divino, Estella 1995, 85-114.

existencia. Reaccionamos de modo negativo cuando nos percibimos tratados indiferenciadamente, como un número más. Deseamos ser considerados desde nuestra propia singularidad, atendiendo las circunstancias que nos atañen de forma concreta.

En el ámbito de la enseñanza se lleva décadas considerando la importancia de una educación personalizada, capaz de prestar atención a las diversas peculiaridades y circunstancias de cada uno de los alumnos. Pero esta valoración del individuo ha invadido también el ámbito comercial. De este modo, las grandes y pequeñas empresas han comprendido lo provechoso y lucrativo que es cuidar esta necesidad de individualidad que tiene todo cliente. De ahí el empeño con el que se pretende responder a inquietudes personales y fidelizar así al comprador, invirtiendo esfuerzos y recursos para que sus empleados nos traten de modo personal².

Por otra parte, basta un paseo por las estanterías destinadas a temas de autoayuda y a la actividad empresarial en una librería para percatarnos cómo se multiplican los libros dedicados al *coaching*. El anglicismo procede del verbo *to coach* que, en castellano, traduciríamos como *entrenar*. Con este término se pretende denominar el asesoramiento individual de alguien en distintos ámbitos de la vida. La tarea de un *coach* es ayudar a que su pupilo alcance una serie de objetivos propuestos a nivel empresarial, deportivo o personal. Para ello ha de recurrir a conocimientos de distintas disciplinas que abarcan desde la psicología hasta la filosofía o la pedagogía³.

Esta moda, procedente del mundo anglosajón, evidencia un dato irrefutable: las funciones que en otros tiempos ostentaba de modo exclusivo el acompañamiento espiritual ha dejado de reducirse al ámbito creyente. Una doble convicción, que nos hace bien alguien que nos atienda en la globalidad de nuestra existencia y que esto nos ayuda a sacar a la luz nuestra mejor versión, ha sufrido una democratización. Se ha convertido en una propuesta secularizada y ampliada tanto a la totalidad de las personas, con independencia de sus creencias religiosas, como a la totalidad de los aspectos que configuran la vida humana. La tarea evangelizadora no puede permanecer indemne a este creciente protagonismo de la atención personal en todas sus modalidades. Aún menos cuando se trata de una práctica que, de una forma u otra, ha estado presente en la tradición judeo-cristiana desde sus orígenes. Quizá hoy más que nunca urge priorizar el arte de acompañar a quienes se dirigen nuestras actividades pastorales.

1.1 Una imagen vale más que mil palabras: la partera

Pero ¿de qué hablamos cuando nos referimos a “acompañar” en sentido creyente? ¿Nos movemos exactamente en los mismos parámetros que el *coaching*, la educación o el mundo empresarial? Convendría invertir unas líneas en esta cuestión. Para ello recurriremos a una imagen, que, como afirma la sabiduría popular, “vale

² Ilustra muy bien este interés la campaña publicitaria que hace unos años tuvo un banco español que se llamaba, precisamente, “acompañarte”. En youtube se puede acceder a alguna de esta publicidad que ilustra la inquietud comercial de la que hemos hablado, <https://www.youtube.com/watch?v=r7bA61YeqDY> (consulta 20 julio 2020).

³ En la página web de la Asociación Española de Coaching se puede extraer más información sobre este método, <https://www.asescoaching.org> (consulta 20 julio 2020).

más que mil palabras”. La imagen de una partera, que no es ajena a la Escritura, podría mostrar de modo muy gráfico de qué vamos a hablar en las próximas páginas cuando nos refiramos al “acompañamiento”. Este imaginario no es especialmente original. De hecho, ya lo empleaba Sócrates en la antigua Grecia, pues su madre ostentaba esta profesión y le servía para ilustrar cómo entendía la labor filosófica y el método empleado por él.

También en el Antiguo Testamento se elogia a dos parteras y nos las ponen como modelo. El libro del Éxodo comienza describiendo la situación de opresión que sufre Israel en tierras egipcias y el empeño del faraón por mermar a un pueblo que es más numeroso que el suyo (cf. Ex 1,8-14). Antes de que YHWH lleve adelante una acción salvífica que se va a convertir en paradigmática, la liberación de Egipto, dos parteras van a ganarse el reconocimiento divino:

“El rey de Egipto dijo a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifrá, y la otra Puá: «Cuando asistáis a las hebreas, fijaos bien: si es niño, matadlo; si es niña, que viva». Pero las comadronas temían a Dios, y no hicieron lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños. El rey de Egipto llamó a las comadronas y les dijo: «¿Por qué habéis hecho esto y dejáis con vida a los niños?» Respondieron las comadronas al faraón: «Es que las mujeres hebreas no son como las egipcias; son más robustas, y antes que llegue la comadrona, ya han dado a luz». Dios premió a las comadronas” (Ex 1,15-20a).

Mientras el faraón se alía con la muerte, YHWH es un Dios de vida. La valiente actuación de Sifrá y Puá, que engañan al rey y conspiran a favor de la existencia, es ya una acción salvífica que adelanta aquella que el Señor realizará a través de Moisés unos capítulos más adelante. Apostar por ayudar a que la vida progrese, incluso de modo arriesgado y en situaciones de muerte, es siempre motivo de bendición divina.

La llamada del agente de pastoral tiene mucho que ver con la labor de estas mujeres atrevidas, que se implican y complican. Ellas colaboran activamente en el alumbramiento de la vida que se gesta en el interior de los demás y que clama por salir a la luz. Pero, hasta aquí, la tarea del evangelizador no se diferencia demasiado de cualquier otra persona que anhele cuidar y ayudar a crecer a otros, colaborando en esa “mejor versión” que todos encerramos en nuestro interior y que pide ser alumbrada. La existencia creyente no queda limitada únicamente a potenciar nuestras posibilidades y desarrollarnos en lo humano hasta ser mejores personas. El “salto cristiano”, que también está expresado en el evangelio en clave de nacimiento, desborda la capacidad humana, pues supone un “nacer de nuevo” que solo el Espíritu Santo puede provocar. Así se lo plantea Jesús a Nicodemo:

“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo” (Jn 3,5-7).

El seguimiento de Jesús es don divino que requiere la implicación de nuestra libertad. Si bien no brota desde nosotros y no es fruto del empeño y la voluntad de cada uno, ha de ser acogido como regalo inmerecido que nos pone en dinámica de respuesta. Acompañar la vida cristiana supone cuidar tanto el crecimiento humano como el progreso creyente. La invitación de cualquier agente de pastoral es a colaborar como “matronas” en un doble alumbramiento: Uno que procede de las posibilidades humanas y aquel que brota de una acción de Dios, desbordando con mucho nuestras expectativas y capacidades⁴. Ambos procesos se realizan en la persona tal y como las naturalezas humana y divina permanecen en Aquel a quien seguimos: “sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación”⁵.

La misión evangelizadora incluye esta llamada a permanecer cerca en este proceso de gestar y alumbrar una Vida con mayúsculas, posibilitando este nacimiento. Eso sí, hay una diferencia notable entre el parto de un nuevo ser y el proceso por el que Dios mismo genera vida en nuestro interior. Crecer como personas y como creyentes no se juega en momentos puntuales, sino que requiere un “parto permanente”.

“Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (Rom 8,22-23).

Como plantea Pablo en este texto, se trata de un proceso continuo que solo concluirá cuando veamos al Señor cara a cara y “seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (1Jn 3,2b). Toda nuestra existencia, como la creación en su conjunto, proseguirá con gemidos y dolores de parto hasta que el Espíritu lleve a culmen la obra iniciada por Él mismo (cf. Flp 1,6). Y en este proceso continuo ¿cuáles son las tareas fundamentales del agente de pastoral en cuanto acompañante?

1.2 *Las dos tareas fundamentales de la partera*

Más allá de las tareas médicas que actualmente lleva adelante una matrona, tradicionalmente la partera tenía un papel determinante en el momento del parto. A ella le corresponde tanto animar a la parturienta como jalearse para que empuje a pesar del sufrimiento. Quien acompaña ha de ir adquiriendo la sabiduría necesaria para saber cuándo toca alentar y animar y cuándo, en cambio, pedir que se permanezca en el dolor. Esto último resulta especialmente complicado en una sociedad como la nuestra, que ha perdido la cultura del esfuerzo. Somos hijos de nuestro tiempo, lo que implica que tendemos a huir de lo costoso. Esto es algo difícil de combinar con el hecho de que suele

⁴ Desde esta clave de aunar el proceso humano y creyente se sitúa el modelo de la personalización, explicado en, J. GARRIDO, *Evangelización y espiritualidad. El modelo de la personalización* (PT 172), Sal Terrae, Santander 2009.

⁵ Así lo afirma el Concilio de Calcedonia con respecto a Jesucristo: “se ha de reconocer a uno solo y mismo Cristo Señor, Hijo unigénito en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación” (DH 302).

ser necesario mantenerse en medio de la dificultad y el sinsentido para poder crecer. Las “contracciones” de este alumbramiento existencial y creyente siempre son de vida, por más que duelan, cansen y tengamos sensación de que nada va a cambiar.

La imagen del parto recoge de forma gráfica la dificultad y el sufrimiento que implica este proceso de crecimiento personal en el que se implica activamente el agente de pastoral. Aquellos animales que tienen un esqueleto externo, como los crustáceos, deben despojarse de esta protección exterior para poder desarrollarse, aunque esto suponga permanecer durante un tiempo en una situación de especial vulnerabilidad frente a sus enemigos. De no hacerlo, aquella cáscara que servía de defensa se podría acabar convirtiendo en un corsé asfixiante que coartara su verdadera talla. Como ilustra este ejemplo y sucede con las embarazadas, todo nacimiento depende de afrontar el dolor que conlleva. Así lo plantea el mismo Jesús cuando habla de su propia pasión y de cómo lo van a vivir sus amigos:

“En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo” (Jn 16,20-21).

La alegría del nacimiento relativiza el sufrimiento que este ha supuesto, dando por buena la congoja previa a tener entre los brazos al bebé. Aunque los dolores de parto los experimentan quienes gestan la vida, el acompañante no queda indemne. Este ha de aprender a reconciliarse con su inevitable impotencia. No resulta fácil animar a permanecer en el dolor cuando este no puede ser aliviado o aligerado, como tampoco lo es avivar la esperanza del alumbramiento cuando aún no se vislumbra lo nuevo que nace. Quien acompaña también es incapaz de arrebatarse una confianza, la del acompañado, que resulta imprescindible. Cuando se avanza entre sombras es esencial la confianza en quien camina a nuestro lado, pero esta solo puede ser recibida como el regalo inmerecido que es. Hemos de aceptar cuanto antes que el papel del acompañante es limitado y frágil.

A quien acompaña el proceso le corresponde el arte de distinguir cuándo se requiere calma y cuándo empujar, cuándo consolar y cuándo azuzar. Todo artesano necesita una formación técnica, pero solo la práctica consolida los aprendizajes teóricos, reforzando así una habilidad natural que interesa poseer. Del mismo modo, es imprescindible una formación sobre el acompañamiento, pero esta ha de combinarse con una destreza que se va adquiriendo en la medida en que nos ponemos a tiro del Espíritu Santo. Es Él quien nos permite desarrollar un sexto sentido capaz de intuir qué es lo más adecuado en cada momento. Mientras las matronas han estudiado cuándo conviene empujar y aflojar, en el acompañamiento no existe la ciencia exacta. Como en tantos otros ámbitos de nuestra vida, tampoco podemos tener seguridades en cómo combinamos ambas tareas dadoras de vida, solo meras certezas.

Decía San Agustín: “Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. Cada persona es la única protagonista de su propio proceso humano y creyente y, por más relevante que pueda ser la ayuda de quien acompaña, este no puede llevar adelante lo que no le

corresponde. Del mismo modo, la prioridad absoluta en todo nacimiento es la buena salud del bebé y de la madre. Un parto tranquilo conlleva que la presencia de la partera no se haga notar. Su papel siempre es secundario, porque está en función de la vida que cuida y que nace. Cualquier pretensión de protagonismo por parte del acompañante, por más solapada y sutil que sea, solo evidencia que desconoce tanto su labor como el daño que su actitud puede causar en las personas a las que atiende.

Una vez que, sirviéndonos de la imagen de la partera, hemos presentado a qué nos referimos cuando hablemos de acompañamiento a lo largo de este artículo, vamos a dar un paso más. No resulta extraño buscar en la Escritura claves para iluminar esta tarea pastoral, pero lo habitual es remitir bien a la relación entre Jesús y sus discípulos, bien a la práctica de la primera comunidad cristiana. Menos frecuente suele ser volver la mirada hacia el Antiguo Testamento. Esta será nuestra intención en las próximas páginas, pues prestaremos atención a cómo YHWH acompaña a Israel a lo largo de la primera parte de la Biblia para poder, a partir de ahí, extraer consecuencias para el acompañamiento.

2. Punto de partida: la historia de salvación como acompañamiento

Si somos sinceros, en la Iglesia hemos de entonar con pena un profundo *mea culpa* y confesar con dolor que no siempre hemos fomentado la suficiente formación teológica y bíblica entre los agentes de pastoral que llevan adelante la tarea evangelizadora “a pie de calle”⁶. No es de extrañar que el Antiguo Testamento sea especialmente desconocido y que se tenga una visión fragmentada de esta parte de la Biblia, construida en el imaginario colectivo a partir de pasajes sueltos y desconectados. En cambio, su heterogeneidad, constituida por cuarenta y seis libros, queda aunada por un hilo rojo que la atraviesa: La relación de YHWH con su pueblo.

La Historia de Salvación puede leerse en clave de acompañamiento, pues se dibuja a un Dios que está empeñado en cumplir su deseo para la humanidad, extrayendo así su mejor versión. El relato del Génesis ilustra de modo gráfico ese sueño divino de armonía entre toda la realidad creada (Gn 2,15-20). A lo largo de los once primeros capítulos de este libro bíblico se va describiendo cómo el ser humano va destruyendo ese proyecto primigenio de relaciones pacíficas. A partir de ese momento, YHWH va a procurar gestar y alumbrar esa nueva humanidad soñada por Él.

Por continuar con el imaginario que nos ha servido de marco, también el Antiguo Testamento presenta a YHWH vinculado con la capacidad de engendrar vida. Cuando Dios se define a sí mismo dice lo siguiente:

“YHWH pasó por delante de él y exclamó: «YHWH, YHWH, Dios misericordioso (רַחֻם) y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes»” (Ex 34,6-7a).

⁶ Sobre el uso de la Biblia en las actividades pastorales, I. ANGULO ORDORIKA, “Abrir las Escrituras. Claves para el uso pastoral de la Biblia”: *Proyección* 257 (2020) 9-19.

A pesar de los prejuicios que abundan con frecuencia en relación al Antiguo Testamento, en sus páginas se repite varias veces esta descripción divina. Los términos hebreos que se emplean se mueven en el campo semántico del amor⁷. El término que traducimos por *misericordioso* (רַחֻם) procede de un sustantivo que se traduce como *útero, vientre materno o entrañas* (רַחֻם)⁸. Aunque nos pueda parecer una imagen demasiado antropomórfica, este término revela que la esencia de YHWH se expresa desde parámetros maternos y generadores de vida. La experiencia creyente percibe a Dios con entrañas maternas, con capacidad de engendrar. Esto resulta coherente con el bagaje compartido entre los seres humanos, pues la experiencia primera de sentirnos acogidos y amados incondicionalmente suele estar vinculada a la figura materna.

En la raíz de la experiencia religiosa de Israel está la certeza honda de que Dios ha hecho una opción radical por ellos sin razón aparente. Así lo expresa el libro del Deuteronomio:

“No porque seáis el más numerosos de todos los pueblos se ha prendado YHWH de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres” (Dt 7,7-8a).

No existen motivos que justifiquen la apuesta divina a favor de un pueblo pequeño, no solo en cantidad, sino también en calidad humana. Solo el amor incondicional de YHWH explica tanto su interés por acompañar a Israel en su peregrinar histórico como sus constantes intervenciones salvíficas en su favor, que llegarán a su culmen con el acontecimiento Jesucristo. La certeza creyente de que Dios acompaña su devenir histórico es tan profunda que no requiere siquiera que esta presencia sea explicitada⁹. De algún modo, aunque no encontraremos imágenes claras de lo que nosotros entendemos por acompañamiento en el Antiguo Testamento, toda la Historia de Salvación de Israel puede ser comprendida desde esta clave.

Si la Historia de Salvación puede ser comprendida como el camino de un pueblo acompañado por el Señor, también nuestras historias personales pueden ser leídas en creyente desde esta misma interpretación. Dios camina a nuestro lado, codo con codo, buscando con empeño sacar nuestra mejor versión y ayudarnos en este constante alumbramiento de la Vida, con mayúscula, que Él gesta en nuestra existencia. Volver la mirada al Antiguo Testamento y fijarse en cómo entiende que Dios acompaña a su pueblo nos puede ayudar, por una parte, a integrarnos en esa corriente de creyentes de

⁷ Aunque los términos hebreos se muevan en este campo semántico, cada uno subraya matices diversos. Sobre esta cuestión, J.C. LANEY, “God’s Self-Revelation in Exodus 34:6-8”: *Bibliotheca Sacra* 158 (2001) 42-51.

⁸ Un estudio clásico de esta raíz hebrea es la de, E. FAREÁN NAVARRO, “רחם Un estudio previo”: *Estudios Bíblicos* 57 (1999) 227-238. También el verbo griego que traducimos como *sentir compasión* (σπλαγχνίζομαι) tiene un origen similar y procede del sustantivo *entrañas* (σπλάγχνον). Cf. E. ESTÉVEZ, “Significado de σπλαγχνίζομαι en el NT”: *Estudios Bíblicos* 48 (1990) 511-541.

⁹ Un ejemplo claro de esta convicción se encuentra en la versión hebrea de Esther. A lo largo de sus páginas no aparece ninguna mención explícita a YHWH, lo que no implica que se dude del carácter inspirado y canónico de este libro bíblico. La traducción griega de la LXX parece querer subsanar lo que considera un error y coloca una serie de oraciones en boca de la protagonista.

la que la Escritura da testimonio, reconociendo que también nosotros estamos llamados a vivir la experiencia de Israel. Por otra parte, también nos permitirá reconocer algunas pistas que iluminen tanto nuestra tarea pastoral como el reto de acompañar a quienes nos encontremos en el día a día, porque esta misión abarca todos los ámbitos de nuestra existencia, también los diálogos más informales y cotidianos.

3. ¿Cómo acompaña YHWH en el Antiguo Testamento?

No es fácil elegir, pues siempre supone prescindir de algo a favor de aquello a lo que damos prioridad. Nos sucede lo mismo al tener que optar por algunos rasgos que caracterizan el modo en que Dios acompaña a Israel a lo largo de la primera parte de la Biblia. Con todo, destacamos aquellos elementos que, por sus repercusiones para nuestra práctica pastoral, nos resultan primordiales y más elocuentes. YHWH va a caminar junto a Israel de modo permanente, alentando su crecimiento humano y creyente, tratándole con suavidad pero también con exigencia y recurriendo a mediaciones para ello.

3.1 *De forma permanente*

El acompañamiento que YHWH ofrece a su pueblo no es cuestión de una urgencia y no se realiza solo en situaciones puntuales. Su presencia es una constante en la historia de Israel, por más que no siempre hayan sido conscientes de esta compañía. De hecho, en la Escritura hay una certeza profunda de que el ser humano precisa de Dios para existir. Esto es lo que expresa de modo muy gráfico en el relato de la creación:

“Entonces YHWH Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente” (Gn 2,7).

Solemos pensar que ese soplo divino solo tiene la intención de vivificar el barro, como si se tratara de los polvos mágicos de un mago. Pero esta no es la vivencia que intenta expresar el pasaje bíblico. En el fondo, se trata de una percepción mucho más profunda, por más que biológicamente resulte bastante primitiva. En la mentalidad bíblica se comprende la respiración como un constante acoger el hálito divino, que no se puede retener sino que ha de ser devuelto a Aquel que lo dona. YHWH está constantemente insuflando aliento y sosteniendo así toda la creación. Los seres humanos respiramos en la medida en que permanecemos mirando cara a cara al Dios que nos alienta. De no ser así, si alguna de las dos partes gira su rostro, la persona empieza a respirar en corto y a ahogarse¹⁰. Solo sosteniéndole la mirada al Señor podemos vivir a pleno pulmón, manteniéndonos unidos a Él en una especie de cordón umbilical invisible.

¹⁰ Desde esta perspectiva se entiende mucho mejor la expresión sálmica: “Si escondes tu rostro, desaparecen, las retiras tu soplo y expiran, y retornan al polvo que son” (Sal 104,29).

La comprensión de la creación, como algo permanente que mantiene al Creador necesariamente cerca de cada uno, va a estar presente en cómo Israel percibe su propia historia. Esta se entiende como un peregrinar cuya meta es regresar a la comunión originaria con YHWH, simbolizada con rasgos paradisíacos en el Edén¹¹. Si la propia historia es un viaje acompañado por Otro, se comprende mucho mejor la importancia que adquiere el desierto en el relato de los orígenes del pueblo. De ahí que lo vivido en este espacio agreste se convierta en un episodio paradigmático que acompaña el recuerdo anual de la liberación de Egipto en la Pascua. Independientemente de que no se trate de una experiencia vivenciada por todos los miembros de la comunidad¹², el desierto adquiere unas resonancias simbólicas que superan las barreras del espacio y el tiempo y que hace posible que todos se encuentren reflejados en esos pasajes. No es de extrañar, por tanto, que sea el escenario en el que se desarrolla la mayoría del Pentateuco¹³. En este camino, Israel siempre está acompañado por el mismo YHWH:

“YHWH marchaba delante de ellos; de día en columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego, para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche” (Ex 13,21-22).

Este pasaje nos permite extraer una primera consecuencia. Llegar a la meta es menos importante que disfrutar del camino sabiéndonos acompañados. La experiencia creyente es saber que Dios nos guía y acompaña, como lo hace el pastor a su rebaño, de ahí que esta sea una imagen recurrente en la Escritura.

“YHWH es mi pastor, nada me falta. En verdes pastos me hace reposar. Me conduce a fuentes tranquilas, allí reparo mis fuerzas. Me guía por cañadas seguras haciendo honor a su nombre. Aunque fuese por valle tenebroso, ningún mal temería, pues tú vienes conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan” (Sal 23,2-4).

Llamamos la atención sobre un detalle que puede pasarnos desapercibido. La vivencia creyente que refleja este salmo es que, cuando la oscuridad llega a nuestra vida y atravesamos “valles tenebrosos”, es suficiente para serenar al creyente el sutil contacto de la vara con la que el pastor orientaba a las ovejas o el sonido de su cayado golpeando

¹¹ Esta idea de que nuestra existencia es un caminar de regreso al Edén se fue desarrollando en el judaísmo y cristianismo de modo progresivo. Sobre esta cuestión, T. GARCÍA-HUIDOBRO, *El regreso al Jardín del Edén como símbolo de salvación. Análisis de textos judíos, cristianos y gnósticos*, Verbo Divino, Estella 2017.

¹² Como es de suponer, no defendemos a la historicidad del peregrinar de Israel por el desierto tal y como se cuenta en los libros del Pentateuco, sino la capacidad simbólica de un relato que ha permitido a millones de creyentes identificarse con la experiencia humana y creyente que se narra.

¹³ La Tōrāh, a lo que corresponden los primeros cinco libros de la Biblia, es la parte esencial del texto sagrado para los judíos. No es un dato baladí que, a excepción del Génesis y los primeros capítulos de Éxodo, se desarrolle en el desierto.

el suelo. Se trata de pequeñas pistas que reavivan la certeza de que Él camina a nuestro lado, aunque las tinieblas no permitan verle con claridad.

Esta vivencia delata que la compañía del Señor no siempre es diáfana. Muchas veces necesitamos afinar el oído para escuchar el cayado y sentir el contacto de su vara. Somos invitados a ir aprendiendo un modo de mirar la realidad que nos permita ir más allá de lo evidente para descubrir las huellas del Señor en lo cotidiano. Como confiesa Isaías, demasiadas veces Él es un “Dios escondido” que hay que aprender a reconocer (cf. Is 45,15). Esta invitación a descubrir las huellas del Señor en el día a día de nuestra vida nos lleva a otra cuestión.

3.2 *En lo humano y en lo creyente*

Del mismo modo que ningún cristiano debería ser indiferente a las vivencias de la humanidad (cf. GS 1), tampoco Dios es ajeno a nada de cuanto acontece a su pueblo. Frente a la tentación que nos amenaza de separar lo espiritual y lo mundano, Israel es acompañado por YHWH en su dimensión humana y creyente, porque ambas resultan inseparables. Progresar como pueblo adulto y maduro implica crecer también en su condición de propiedad divina y al revés.

Como nos suele suceder a nosotros, la experiencia de salvación siempre le llega a Israel a través de realidades muy humanas. La carencia, la necesidad y el sufrimiento provocan que Dios actúe en favor del pueblo y este pueda experimentar Quién es Él.

“He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado el clamor de sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo de la mano de los egipcios y para subirlo de esta tierra a una tierra buena y espaciosa [...] Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto la opresión con que los egipcios los afligen” (Ex 3,7-9).

Según este pasaje, lo que moviliza a YHWH es el clamor del pueblo que llega a sus oídos y el conocer sus sufrimientos. Emplear el verbo *conocer* no es irrelevante. En la mentalidad bíblica el conocimiento no es una cuestión intelectual sino experiencial. La actuación salvífica de Dios se debe a que Él mismo ha experimentado el dolor de quienes viven oprimidos en Egipto.

Somos herederos de la mentalidad griega, con su clásica oposición entre el alma y el cuerpo, e hijos de la ilustración, que aprendió a conjugar los distintos ámbitos de la vida sin tener en cuenta la religión. El resultado de ambos legados es que nos resulta fácil diferenciar y separar lo creyente y lo humano, como si se tratara de una especie de “esquizofrenia”¹⁴. En cambio, esta distinción es ajena a la concepción bíblica del ser humano, que se percibe de modo unificado, y de la realidad. Esto explica que la Escritura se encargue de cuestiones que, para nosotros, no tendrían carácter religioso. La política, los lazos familiares, el mundo de las relaciones sociales, el amor erótico son algunos

¹⁴ El origen etimológico de esta enfermedad psiquiátrica resulta muy elocuente: *σχίζειν* (dividir, romper) – *φρήν* (entendimiento, razón).

ejemplos de temáticas que se abordan en la Biblia, por más que se escapen de lo que nosotros clasificaríamos como cuestiones creyentes.

Dios, por definición, lo puede todo. Está claro que podría propiciar experiencias religiosas que no estén vinculadas con nuestra situación vital. Pero que pueda hacerlo no implica que suela hacerlo. Y, aunque resulte paradójico, las dificultades personales resultan ser la ocasión propicia para el crecimiento. De hecho, para Israel la falta de precariedad se convierte en un riesgo real de olvidar tanto la experiencia de liberación como a Quién la ha hecho posible.

“Guárdate de olvidar a YHWH tu Dios descuidando sus mandamientos, normas y preceptos, que yo te prescribo hoy; no sea que, cuando comas y quedes harto, cuando construyas hermosas casas y vivas en ellas, cuando se multipliquen tus vacadas y tus ovejas, cuando tengas plata y oro en abundancia y se acrecienten todos tus bienes, tu corazón se engría y olvides a YHWH tu Dios que te sacó del país de Egipto, de la casa de la servidumbre” (Dt 8,11-14).

Como dice el Deuteronomio, la abundancia nos ofrece la ilusión de la seguridad y nos aleja de las preguntas incómodas que nos permiten volver a lo esencial de nuestra vida. En cambio, la vulnerabilidad nos capacita para acoger lo que desborda nuestras capacidades y solo puede ser recibido como don. Así, estos momentos oportunos para crecer como personas suelen ser utilizados por el Señor, si le dejamos, para crecer también en perspectiva creyente.

Las heridas de la propia historia, la búsqueda de libertad, el mayor conocimiento de uno mismo, los aprendizajes que se imponen al contacto con la realidad, que nunca coincide con nuestro ideal, los conflictos, el sufrimiento que cuestiona las respuestas aprendidas, los miedos e inseguridades ante lo desconocido, las tareas pendientes del pasado que reclaman ser abordadas... no solo son oportunidad para avanzar como persona, también momento propicio para que nuestra relación con Dios vaya haciéndose más adulta. Cuando se tambalean nuestras seguridades y salen a la luz las grietas humanas que habitualmente se tienen escondidas, al acompañante le corresponde aprovechar la ocasión y facilitar el empeño divino por colarse en nuestra vida a través de esos resquicios. Así se las ingenia Él para hacer salvación en medio de nuestra fragilidad.

3.3 Con suavidad y exigencia

A veces, lo más elocuente es el modo en que se hacen las cosas. En este caso, ya hemos planteado cómo la tarea de ayudar a dar a luz esa nueva Vida que se gesta en otros tiene un doble aspecto. Por un lado, requiere animar y consolar cuando el dolor aprieta y es necesario permanecer en él. Pero, por otro lado, también supone exigir, contrastar y azuzar con la intención de provocar un cambio, lo que a veces puede resultarnos demasiado duro. YHWH combina con maestría la suavidad y la exigencia, el consuelo y la denuncia en la historia de Israel.

Los excesos de otras épocas y el “efecto péndulo”, que nos lleva de un extremo a otro sin parar en el virtuoso medio, hacen que la corrección y el castigo tengan muy mala prensa en nuestra sociedad. Muchos padres renuncian a su responsabilidad educativa y aspiran a ser los mejores amigos de sus hijos. Ante el término “castigo” nos asaltan todos nuestros prejuicios y consideramos que se trata de algo arbitrario y revanchista que hay que extirpar. En cambio, no es posible educar sin enseñar a aceptar la responsabilidad de nuestros actos, sin imponer límites que respeten a los demás o sin reforzar unos comportamientos frente a otros. La función de toda corrección, entendida de modo adecuado, es siempre pedagógica. Desde esta perspectiva, la Biblia no tienen ningún reparo en emplear esta terminología, pues comprende que Dios es como un padre. La mayor responsabilidad de los progenitores es colaborar en sacar la mejor versión del hijo y, para ello, el castigo es un medio que ayuda a crecer.

“Así te darás cuenta, en tu corazón, de que YHWH tu Dios te corrige igual que un hombre corrige a su hijo” (Dt 8,5).

Muchos de los errores habituales a la hora de abordar el Antiguo Testamento tienen que ver con malinterpretar algunos textos en los que Israel relee los acontecimientos históricos en clave creyente y como llamadas de atención hechas por YHWH para hacerse cargo de los pecados cometidos. Entre esta interpretación y la falsa imagen de un Dios castigador y cruel hay apenas una fina línea demasiado fácil de cruzar. Con todo, y aunque estos modos de expresar nos rechinen por dentro, el pueblo entiende que el objetivo pretendido es volver a Aquel que da la vida. Así lo ilustra el profeta Amós, interpretando el hambre como un recurso para provocar la búsqueda del Señor.

“Yo incluso os he dado dientes limpios en todas vuestras ciudades, y falta de pan en todos vuestros lugares; ¡y no habéis vuelto a mí!” (Am 4,6).

Este reclamar divino, por boca de Amós, a volver a Él nos puede producir una sensación extraña, como si fuera demasiado cercana al egocentrismo o a la vanidad. Solo podremos comprenderla bien desde otro grito que repite el mismo profeta: “¡Buscadme a mí y viviréis!” (Am 5,4).

Los textos proféticos son el mejor ejemplo de que hay un momento para la denuncia y otro para el consuelo, como muestran estos pasajes:

“Porque yo, YHWH tu Dios, te tengo asido por la diestra. Soy yo quien te digo: «No temas, porque yo soy quien te ayuda». No temas, gusanillo de Jacob, cosita de Israel, que yo te ayudaré –oráculo de YHWH– tu redentor es el Santo de Israel” (Is 41,13-14).

“Yo, yo soy quien te consuela” (Is 51,12a).

Quienes se hayan movido alguna vez en el ámbito educativo saben que hay alumnos que tienen más capacidad de la que muestran y a quienes conviene exigir un poco más, mientras que otros se esfuerzan al máximo y llegan con dificultad a los

mínimos establecidos. Ayudar a unos y otros requiere una actitud diversa por parte del educador, exigiendo al primero y reconociendo al segundo. Algo semejante sucede con la actitud de Dios para con Israel a través de los profetas.

Cuando el pueblo tiene capacidad de reacción y de reajustar su actitud, sus oráculos denuncian con dureza su comportamiento. En cambio, cuando las circunstancias históricas los ponen en situación de fragilidad, sus palabras son de consuelo¹⁵. Esto explica cómo varía el tono entre la profecía previa y posterior al gran drama nacional del exilio babilónico. Tras la gran hecatombe de la invasión de Jerusalén, la profanación y destrucción del Templo y el destierro forzado, los profetas son enviados a dar palabras de consuelo, a recordar la fidelidad divina y a renovar una Alianza que adquiere contornos cualitativamente nuevos.

Cualquier persona implicada en pastoral e invitada a cuidar de otros tendría que preguntarse cuándo de denuncia y cuánto de consuelo ha recibido en su vida. Si en nuestra historia personal de salvación no se han articulado ambas dimensiones, habría que sospechar. Si en nuestra relación con Dios solo ha habido consuelo, deberíamos adoptar la duda como forma de crecer y preguntarnos si inconscientemente no le habremos domesticado a Él y al Evangelio para que no nos resulte incómodo. Si en nuestra vida de fe lo que ha abundado con diferencia han sido la obligación y la exigencia, quizá nuestra psicología y la formación recibida esté jugando una mala pasada y, destacando solo su carácter exigente, no le esté dejando al Señor que sea el Padre cariñoso que es. Así como nuestras tendencias psicológicas influyen en el trato con los demás, también sucede lo mismo en la relación con Dios.

3.4 A través de mediaciones

La certeza de que Dios acompaña a Israel no supone que esta cercanía sea siempre de inmediata. Como podremos confirmar por experiencia, hay momentos en los que percibimos esta compañía divina de forma directa, como le sucede al pueblo:

“YHWH marchaba delante de ellos; de día en columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego, para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche. No se apartó del pueblo ni la columna de nube por el día, ni la columna de fuego por la noche” (Ex 13,21-22).

Pero, a pesar de esas situaciones concretas de luz en las que nos sentimos acompañados, el ser humano necesita poner en juego sus sentidos, por eso reclaman una imagen que puedan ver y tocar.

¹⁵ La mentalidad bíblica entiende que la finalidad de la profecía es siempre salvífica, aunque emplee con frecuencia palabras muy duras para nuestra sensibilidad religiosa. Esta concepción encuentra su reflejo en la estructura de la literatura profética, pues los libros terminan siempre con oráculos de salvación. De este modo se expresa de modo gráfico que el objetivo que se pretende es siempre bien de Israel.

“Al ver el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió en torno a Aarón y le dijo: «Anda, haznos un dios que vaya por delante de nosotros, pues no sabemos qué ha sido de ese Moisés, que nos sacó del país de Egipto»” (Ex 32,1).

Dios, que conoce la importancia que tienen los sentidos en nuestra vida, se sirve de la mediación de otras personas. Su compañía suele estar mediada por otras personas que comparten con el Señor su compromiso con el bien del pueblo. Así lo expresa Moisés cuando se queja a YHWH y le echa en cara el peso que supone para él esta tarea de mediar y cuidar maternalmente a Israel¹⁶.

“¿Acaso he sido yo el que ha concebido a todo este pueblo y lo ha dado a luz, para que me digas: «Llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño de pecho, hasta la tierra que prometí con juramento a tus padres?»” (Nm 11,12).

No es fácil captar la importancia que tiene para las culturas antiguas el papel del mediador. La vivencia de la divinidad está revestida de tal trascendencia que acceder a su voluntad resulta inaccesible para el común de los mortales. Se requiere de personajes que, por el motivo que sea, sirven de mediadores de esa comunicación divina¹⁷. Los grandes personajes de la historia de Israel han ostentado este papel de mediación. YHWH elige a Moisés para liberar de la opresión de Egipto a través de él. Del mismo modo, los profetas son los voceros de Dios en tiempos inciertos, pues están llamados a hablar por Él. Lo único que justifica su misión es la certeza que albergan de no estar proclamando sus palabras, sino las de Dios. Esto explica la constante repetición de fórmulas que recuerdan esta convicción esencial que da sentido a su vocación: “así dice el Señor”, “oráculo del Señor”, “dice YHWH”...

Una vez más, volver la mirada a nuestra propia historia de salvación nos hace encontrarnos con situaciones en las que el Señor ha llegado a nuestra vida a través de mediaciones. Por más que hayamos experimentado por momentos la presencia cercana de Dios, lo más habitual es que Él se aproxime a nuestra existencia a través de otras personas. Lo más paradójico es que esos mediadores no siempre son conscientes de que lo son. De hecho, cualquiera puede ser un instrumento divino, pues de todo se vale para sacar la mejor versión de Israel. YHWH se comunica, no solo a través de circunstancias históricas ambiguas, sino incluso a través de un animal, como sucedió con la burra de Balaam (cf. Nm 22,28-31).

¹⁶ Gasparro extrae tres rasgos del discernimiento cristiano al hilo de la experiencia del Éxodo y de Moisés como mediador. Además de plantear que el discernimiento no puede realizarse de modo solitario y que quien ayuda tiene que estar vuelto a Dios, también plantea que el mediador en esta tarea también se expone y corre riesgos. L. GASPARRO, “Discernimento e accompagnamento spirituale/1. Una riflessione bíblica a partire dal personaggio di Mosè”: *Vita Consacrata* 56 (2020) 9-11.

¹⁷ Sobre esta cuestión, J.L. SICRE, *Introducción al profetismo bíblico*, Verbo Divino, Estella 2011, 61-76.

La tarea de acompañar a otros en su proceso humano y creyente es, sin duda, una labor de mediación. Como hemos planteado desde el inicio, lo único importante es ayudar en ese nacimiento de la nueva Vida que Dios gesta en la persona, de ahí que la imagen del mediador resulta especialmente relevante para extraer consecuencias para esta misión pastoral. A continuación vamos a fijarnos en algunas características de los mediadores de YHWH en el Antiguo Testamento.

4. ¿Cómo son los mediadores del acompañamiento de YHWH?

El modo en que Israel ha experimentado la compañía de Dios a lo largo de su historia nos ha servido para encontrar paralelos con nuestra propia vivencia creyente. Como el pueblo, también hemos podido vivenciar su presencia permanente, que no existen dimensiones en las que Él no se haga presente, que combina la exigencia con el consuelo y que recurre a mediaciones para actuar salvíficamente en nuestra vida. En este apartado vamos a centrarnos en reconocer algunas características que comparten estos personajes de los que el Señor se vale y en descubrir claves que puedan iluminar cómo somos invitados a mediar la acción divina en otros a través del acompañamiento. Un acompañar que, como hemos planteado ya, entendemos de modo amplio y no solo limitándonos a su sentido más estricto y técnico. Cualquier encuentro casual y puntual puede ser ocasión privilegiada para esta misión. Aunque se podrían resaltar otros elementos, solo vamos a desarrollar cuatro que consideramos de especial importancia.

4.1 Conscientes de que la tarea les desborda...

Dice la sabiduría popular que “nadie es buen juez en causa propia”. Necesitamos ser confrontados por otras personas que, desde la perspectiva que ofrece la distancia, pueda confrontarnos y ayudarnos a contemplar más allá de lo que alcanza nuestra torpe y miope mirada. La certeza de que Dios camina a nuestro lado en la senda de la vida no siempre resulta clara y evidente. La realidad nos empaña esta convicción y se hace difícil reconocerle junto a nosotros. Se hace necesario que alguien, en su Nombre, nos despierte de la somnolencia y nos ayude a captar la realidad que nos rodea desde otra perspectiva y a preguntarnos por el sueño divino en medio de las circunstancias cotidianas.

Cualquier creyente que pretenda vivir con seriedad su vocación cristiana requiere de alguien que le acompañe en su proceso, pero quienes son invitados a esta misión asumen una grandísima responsabilidad. A los acompañantes se les regala una confianza inmensa y se les permite entrar en dimensiones muy personales e íntimas de la persona, compartiendo con ellos los sueños, miedos, deseos e inquietudes que pocos o ninguno conoce. Hemos de ser serios y tomar conciencia del absoluto respeto y exigencia que implica entrar en la vida de los demás. Se nos permite asomarnos al corazón del otro y, como Moisés ante la zarza ardiente, también nosotros debemos descalzarnos ante esa tierra sagrada (cf. Ex 3,5), que merece reverencia, delicadeza y absoluto respeto.

Solo los inconscientes no se sienten desbordados por una tarea de mediación como esta, lo que explica algo repetitivo en los relatos de vocación de la Biblia. En este género literario hay un elemento que se repite y que aparece de diversos modos cada vez que se describe la llamada divina en la Escritura. Se trata de las trabas y las pegas que el llamado plantea a YHWH. A modo de ejemplo:

“Le respondió Gedeón: «Perdón, señor mío, ¿cómo voy a salvar yo a Israel? Mi clan es el más pobre de Manasés y yo el último en la casa de mi padre»” (Jue 6,15).

“Yo respondí: «¡Ah, Señor YHWH! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho»” (Jr 1,6).

“Moisés dijo a Dios: «¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los israelitas?»” (Ex 3,11).

Las pegas que se plantean a Dios en los relatos vocacionales son fundamentales. Por una parte, evidencian la absoluta libertad de la persona que recibe la vocación. El amor y el respeto divino son de tal calibre que se abren a la posibilidad de que la persona acoja o no su sueño para ella. Los inconvenientes que se plantean muestran que el llamado tiene una palabra que dar y que el Señor prefiere contar con nuestra libertad hasta para rechazarle si hiciera falta. Por otra parte, las objeciones también reflejan con claridad que la misión a la que se llama no depende de ellos. Lo que alegan son obstáculos reales que la persona no puede solventar por sí misma. La tarea desborda con creces las capacidades de quienes son llamados a ella, lo que hace evidente que ellos son meros mediadores de la acción de Otro.

Ante los inconvenientes alegados, Dios responde con otra verdad aún más rotunda. Este elemento, que también suele hacerse presente en los relatos bíblicos de vocación, se denomina “fórmula de asistencia”. YHWH no niega el obstáculo que los llamados han argüido, pero su réplica es afirmar con rotundidad su presencia junto a ellos. La misión propuesta no se sostiene ni en ellos ni en sus capacidades, sino en la compañía divina. Para superar el miedo, confiar y aceptar su propuesta la única garantía suficiente es la promesa de que Él estará con ellos. Así se plantea en los versículos que siguen a los ejemplos anteriores:

“YHWH le respondió: «Yo estaré contigo y derrotarás a Madián como si fuera un hombre solo»” (Jue 6,16a).

“Pero YHWH me dijo: No digas que eres un muchacho, pues irás donde yo te envíe y dirás todo lo que te mande. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte –oráculo de YHWH–” (Jr 1,7-8).

“Dios le respondió: «Yo estaré contigo»” (Ex 3,12a).

El miedo no siempre es racional, pero sí lo es cuando nos situamos con realismo ante una tarea de la envergadura que tiene la invitación de Dios. Su misión

desborda con mucho las capacidades y posibilidades del llamado y esto despierta un lógico temor. Este se supera solo desde la confianza de ir en Nombre de Aquel que sí tiene capacidad para generar vida y salvarnos. Si nos paralizan el miedo a la tarea o a cuánto podemos afectar, también para mal, a quienes requieren ser acompañados, quizá es que aún confiamos más en nuestras fuerzas que en las de Dios, para Quien nada es imposible (cf. Lc 1,37).

En el acompañamiento no pueden entrar protagonismos personales, pues estos evidencian la poca conciencia que se tiene de la complejidad de esta tarea y la peligrosa ignorancia de nuestra propia debilidad y fragilidad. Solo podemos afrontar nuestra limitación y nuestra propia incapacidad desde la confianza de Aquel que nos llama, que impulsa los procesos personales y que engendra Vida en los demás.

4.2... porque no es suya

La “fórmula de asistencia” de la que hemos hablado no solo aplaca el lógico temor de quienes se hacen conscientes de lo que implica la misión divina. También hace patente que, si la tarea del mediador nos desborda es porque esta no es nuestra sino de Dios. Esto, que en los relatos vocacionales es muy evidente, cuesta tenerlo claro en el día a día. También los mediadores de YHWH en la Escritura tienen que hacer su propio proceso personal hasta que lo descubran, no tanto racionalmente como existencialmente. Como nos sucede a todos nosotros, también en el carnet de conducir, la teoría se aprende antes que la práctica.

Podemos ser muy conscientes de que la misión no es nuestra sino de Dios, pero el ser humano tiene una fuerte querencia a apropiarse de lo que no le corresponde. Esta dinámica también va a aparecer en algunos personajes bíblicos. Moisés, siendo el mediador de la liberación más paradigmática de YHWH y habiendo liderado a Israel a través del desierto, no va a entrar en la tierra prometida como consecuencia de no acabar de fiarse de Dios y desobedecerlo.

“Sólo de lejos verás la tierra, pero no entrarás en ella, en esa tierra que yo doy a los israelitas» [...] Allí murió Moisés, siervo de YHWH, en el país de Moab, como había dispuesto YHWH [...] Josué hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría, porque Moisés le había impuesto las manos. Y le obedecieron los israelitas, cumpliendo la orden que YHWH había dado a Moisés” (Dt 32,52; 34,5.9).

Otro ejemplo elocuente es el de Elías. Su lucha contra la idolatría acaba convirtiéndose en una guerra personal que le incapacita para reconocer que no es el único que permanece fiel a YHWH.

“Él respondió: «Ardo en celo por YHWH, Dios Sebaot, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela». YHWH le dijo: «Vuelve a tu camino en dirección al desierto de Damasco. Cuando llegues, unge rey de Aram a Jazael, rey de Israel a

Jehú, hijo de Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo [...] Dejaré un resto de siete mil en Israel: todas las rodillas que no se doblaron ante Baal, y todas las bocas que no le besaron» (1Re 19,14-16a.18).

Mientras él no hace más que afirmar con rotundidad que es el último baluarte de la fe, el Señor tiene que recordarle el número de personas que no han doblado sus rodillas ante Baal y cuyo corazón sigue adorando al Dios verdadero. Elías se ha apropiado de una misión que no es suya, considerándose modelo de fidelidad a Dios. Se ha llenado tanto de sí mismo que ha obviado la presencia de siete mil creyentes en el pueblo. En la mentalidad bíblica los números tienen un sentido mayor que la cantidad a la que apuntan, y el siete es expresión de totalidad y perfección. A Elías, además, se le pide que pase el relevo a Eliseo. Asumir que la tarea no es propiedad nuestra sino del Señor implica una disposición interna. La disponibilidad para cambiar de misión, para entrar y salir de la vida de las personas sin pretender apropiarse de nada ni de nadie, verifica en qué medida somos conscientes en la práctica de que esta tarea no es nuestra.

Lo importante en el acompañamiento es siempre el bien de la persona acompañada. Este criterio nos hará discernir cuándo conviene quedarnos cerca y cuándo hemos de pasar el relevo o separarnos para posibilitar que despliegue sus alas y vuele. El mediador debe primar por encima de todo la acción de Dios en la vida del otro y al otro mismo, incluso por encima de lo que consideremos que es lo correcto. La persona acompañada tiene que sentir por nuestra parte la misma acogida incondicional que Dios nos ofrece a todos nosotros.

Si todos vivimos en proceso, también los mediadores han de entenderse en crecimiento permanente. Tiene que saltar una alarma cuando nos descubrimos apropiándonos interiormente de las personas que el Señor pone en nuestro camino y de sus procesos. Hemos de ser conscientes de que, además, hay muchos modos muy sutiles de arrebatarle a Dios lo que es suyo, a veces en nombre de la responsabilidad. Se trata de adquirir la sabiduría del siervo del que habla el evangelio:

“De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os mandaron, decir: No somos más que unos pobres siervos; sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17,10).

Confiar en Aquel que gesta la vida en los demás implica también reconocer que Él tiene la última palabra y que, en última instancia, se sirve de vías diversas para llevar adelante la obra que Él mismo ha iniciado, no solo de aquellas sendas que nos parecen las más adecuadas y correctas. A nadie le interesa el bien de aquellos a los que acompañamos más que al Señor, y, además, confiamos en que están en sus Buenas Manos. Si Él respeta la libertad humana hasta límites impredecibles ¿cómo no lo vamos a hacer nosotros, que somos “pobres siervos”?

4.3 Acompañantes acompañados

De un tiempo a esta parte se multiplican los cursos y talleres para agentes de pastoral que pretenden ofrecer herramientas y técnicas a emplear en el acompañamiento. Aunque ninguna formación está de sobra y todas aportan recursos, lo que realmente nos capacita para acompañar a otros es hacer experiencia personal de ser acompañados. Nadie puede dar lo que no tiene. Quien no tiene experiencia de ser acompañado en su proceso humano y creyente difícilmente podrá acompañar a otros en esta misma senda. Puede parecer bastante obvio, pero no deberíamos dar por supuesta esta cuestión, pues solo la convicción de permanecer en constante crecimiento y vivirlo contrastado con otros nos hace capaces de facilitarlos en los demás.

La Escritura es muy discreta a la hora de sugerir cómo viven los procesos personales sus protagonistas. Con frecuencia hemos de intuirlo entre líneas. De Moisés se nos dice lo siguiente:

“YHWH hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Ex 33,11a).

Nadie puede ser mediador de Alguien con quien no tiene intimidad y al que no trata con frecuencia. La relación con Dios es fundamental para cualquiera que se vea abocado a cuidar a otras personas en su Nombre. El olfato, capaz de intuir el paso del Señor en las circunstancias concretas de los demás, se educa en su presencia, familiarizándonos con sus modos y sus tiempos y permaneciendo en la misma frecuencia de onda del Señor. Además, no hay mejor modo de cuidar a otros que hablarle al Padre con cariño de ellos, como Jesús lo hizo con sus discípulos (cf. Jn 17,11-12).

La tarea del acompañante se parece a la de un marino experto en vientos. Este sugiere a otro hacia dónde orientar su vela para dejarse impulsar a través del mar por el sople del Espíritu. Pero, para adquirir esta destreza, es necesario habituarse tanto a brisas mansas como a bravos huracanes. Elías también lo pasa mal en su proceso. Tras un éxito sin precedente ante los profetas de Baal, la reina le amenaza de muerte y él huye asustado (cf. 1Re 19,1-3).

“Anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta llegar y sentarse bajo una retama. Imploró la muerte y dijo: «¡Ya es demasiado, YHWH! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!»” (1Re 19,4).

Elías se desea la muerte y tiene que hacer en carne propia el camino que ya había hecho Israel a través del desierto hasta el monte Horeb¹⁸. En el caso de los acompañantes el orden es inverso, pues es necesario haber recorrido primero el propio desierto antes de caminar junto a otros por esa misma senda. Jeremías es otro profeta que nos permite asomarnos mejor al complejo proceso de crecer en la fe, con las dificultades y

¹⁸ Hay un paralelismo evidente entre la experiencia del pueblo por el desierto y la vivencia de Elías. No debemos olvidar que el monte Horeb es el nombre que recibe en otra tradición el monte Sinaí. Para un estudio atento de este capítulo, C. YEBRA ROVIRA, “Dios y Elías, su profeta, en 1 Reyes 19”: *Estudios Bíblicos* 64 (2006) 447-471.

luchas que implica acabar de asumir el sueño que Dios tiene para nosotros. Parecería que en su relato vocacional está muy clara cuál es su misión y lo que implica. YHWH le dice sin paños calientes la dificultad de su tarea.

“Desde hoy mismo te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y arrasar, para destruir y derrocar, para reconstruir y plantar [...] Por tu parte, cíñete bien los lomos, ponte firme y diles cuanto te ordene. No desmayes ante ellos, que yo no te haré desmayar; Por mi parte, te he convertido desde hoy en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda esta tierra, así se trate de los reyes de Judá como de sus jefes, de sus sacerdotes o del pueblo de la tierra. Te harán la guerra, mas no podrán contigo, pues contigo estoy yo –oráculo de YHWH– para salvarte” (Jr 1,10.17-19).

Pero, por más que la complejidad de la misión y su dureza sean evidentes, entenderlo “de cabeza” no le resta dificultad cuando tiene que ir acogiendo esta experiencia. Jeremías presenta una serie de pasajes, que se suelen denominar “confesiones”, en los que se puede vislumbrar las luchas internas del profeta¹⁹. Así se queja a Dios de la dificultad de su tarea:

“¡Tú lo sabes, YHWH: acuérdate de mí, visítame y véngame de mis perseguidores. No prolongues tu ira contra mí, sabes que por ti soporto el oprobio. Cuando tus palabras me llegaban, yo las devoraba; era tu palabra para mí gozo y alegría de corazón, pues era reconocido por tu Nombre: YHWH, Dios Sebaot. Nunca me mezclé con gente alegre, amiga de la juerga. Por voluntad tuya anduve solitario, pues me habías llenado de rabia. ¿Por qué ha resultado mi penar perpetuo, y mi herida incurable, rebelde a la medicina? ¡Acabarás siendo un engaño para mí, lo mismo que arroyo de aguas inconstantes!” (Jr 15,15-18).

Jeremías está advertido desde el comienzo de la oposición que va a generar proclamar un mensaje amargo e incómodo, por más que no sea suyo, sino de Dios. Con todo, aunque sus palabras sean de YHWH, no lo es el modo en que se enfrenta a la dificultad. Su conciencia de estar siendo injustamente tratado le llena de rabia y de deseos de venganza contra quienes le maltratan. Reclama a Quien le ha enviado que actúe en su favor, dándole la razón y castigando a los demás.

La más indignada de las expresiones del profeta es la última frase, dirigida directamente a YHWH. A Él le reprocha que no sea fiable. En un contexto geográfico como el de Palestina, la existencia de corrientes de agua es la condición imprescindible para elegir dónde puede asentarse un grupo humano. La fuente de agua que abastezca un asentamiento tiene que ser constante y permanente. Jeremías se pregunta si se ha equivocado al confiar en Dios, porque Quien parecía fiable ha terminado resultando

¹⁹ Sicre plantea cierta evolución en las confesiones de Jeremías que parecen traslucir un avance en el proceso creyente. J.L. SICRE, *Profetismo en Israel*, Verbo Divino, Estella 1998, 130-135.

una fuente puntual de agua incapaz de cubrir sus necesidades más básicas.

Jeremías tiene que hacer camino creyente y acompañar su corazón al palpito divino. Será el mismo Dios quien vaya enseñándole en qué consiste ser profeta. La réplica divina es clara y rotunda:

“Entonces YHWH me dijo: Si vuelves porque yo te haga volver, estarás en mi presencia; y si sacas lo precioso de lo vil, serás como mi boca. Que ellos vuelvan a ti pero no tú a ellos. Yo te haré para este pueblo muralla de bronce inexpugnable. Y pelearán contigo, pero no te podrán, pues contigo estoy yo para librarte y salvarte – oráculo de YHWH-. Te salvaré de mano de los malvados, te libraré del puño de esos violentos” (Jr 15,19-21).

Las expectativas del profeta, que pretendía que Dios se pusiera en favor suyo y diera su merecido a quienes le habían atacado violentamente, saltan en mil pedazos con la respuesta divina. No hay una reacción dura contra los enemigos de Jeremías, sino una firme exigencia de conversión. Es su enviado el que tiene que “volver”. El verbo hebreo *volver* (bWv) es el que se emplea para expresar lo que nosotros llamaríamos *convertirse*. No son los opositores del profeta, sino él mismo el que tiene que convertirse o, más bien, dejarse convertir por el mismo YHWH, pues es Él Quien “hace volver”.

Este movimiento de regreso al Señor le posibilitará mantenerse en su presencia y ser capaz de reconocer lo valioso que se esconde tras aquello que le acontece y que él interpreta como vil. Aunque no es lo que Jeremías esperaba, Dios le renueva la llamada a ser mediador, pero sin ahorrarle por ello las dificultades que implica. Eso sí, con la promesa firme de la compañía divina, que es siempre salvífica por más que las circunstancias parezcan negarlo.

Solo puede acompañar a otros quien ha hecho previamente un camino semejante y va apenas un paso por delante del acompañado, quien tiene una relación personal con Dios que le permite familiarizarse con sus prioridades, preferencias y ritmos, quien comprende que su proceso humano y creyente no acaba nunca y ha de estar también confrontado.

4.4 En la fragilidad

En el apartado anterior ya hemos podido vislumbrar, en la actitud de Elías o en la queja de Jeremías, que los mediadores que presenta la Escritura se caracterizan por su fragilidad. Dios, que se empeña en romper nuestros esquemas sobre cómo debería ser la realidad, no recurre a mediadores impolutos y perfectos, sino a personas ambiguas y limitadas. Los personajes bíblicos se describen en claro contraste con nuestro habitual imaginario en torno a los santos, que suelen caracterizarse por comportamientos perfectos e irreprochables según el modelo cultural vigente en el momento en que se escriben sus biografías.

Si nos acercamos directamente al texto bíblico veremos que los elegidos por YHWH no son intachables. Considerar a Abrahán el padre de la fe no está reñido con constatar cómo hace pasar a Sara por su hermana para no meterse en líos si algún egip-

cio pretendía acostarse con ella (cf. Gn 12,11-13), o cómo escurre el bulto ante el conflicto entre Agar y Sara, dejando que la primera sea maltratada (cf. Gn 16,5-6). Jacob, que será quien reciba el nombre de Israel (cf. Gn 32,29), engaña a su padre ciego y le arrebató con malas artes la bendición que le correspondía a su hermano (cf. Gn 27,18-29). Tampoco los hermanos de José le odiaban sin motivo, pues hasta su padre tiene que llamarle la atención por sus delirios de grandeza y de veneración (cf. Gn 37,5-10).

Como ya hemos apuntado a lo largo de estas páginas, Dios aprovecha las grietas de nuestra vida para colarse en ella. También los mediadores a través de los que Él va a acompañar a Israel se caracterizan por su fragilidad.

“Un día, cuando Moisés ya era mayor, fue adonde estaban sus hermanos, y vio sus duros trabajos; vio también cómo un egipcio golpeaba a un hebreo, a uno de sus hermanos. Miró a uno y a otro lado y, no viendo a nadie, mató al egipcio y lo enterró en la arena” (Ex 2,11-12).

El asesinato de un egipcio es lo que va a hacer que Moisés acabe huyendo. En esta huida será cuando YHWH salga a su encuentro. No es necesario que seamos “perfectos” para ayudar a otras personas a seguir a Jesús. Así lo evidencia este otro pasaje:

“Por tercera vez llamó YHWH a Samuel, Él se levantó, fue donde Elí y le dijo: «Aquí estoy ¿Me has llamado?» Comprendió entonces Elí que era YHWH quien llamaba al niño, y dijo a Samuel: «Vete y acuéstate; y si te llaman, dices: Habla, YHWH, que tu siervo escucha» [...] Dijo YHWH a Samuel: «Voy a ejecutar una cosa tal en Israel, que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos. Ese día cumpliré contra Elí todo cuanto he dicho contra su casa, desde el principio hasta el fin»” (1Sam 3,8-9.11-12).

La primera denuncia que tendrá que hacer el profeta Samuel es, precisamente, contra aquella persona que le ha enseñado a escuchar a YHWH, a ponerse en disposición para acoger su voz y a responderle. Una buena señal de que no hemos obstaculizado la acción divina en la vida de las personas a las que acompañamos es que estas se sientan con libertad como para que nos confronten nuestras infidelidades. Como hemos dicho, Dios se sirve hasta de la burra de Balaam para expresarse.

El hecho de que no sea necesario ser un dechado de virtudes para acompañar otros en el Nombre del Señor tendría que ser un motivo de alivio. De hecho, se convierte en la prueba más evidente de que nuestra misión consiste en dejarle a Él que actúe en otros. Así lo entiende Pablo cuando reconoce que su fragilidad es la mayor prueba de que la fuerza procede de Dios.

“Pero él me dijo: «Mi gracia te basta, que mi fuerza se realiza en la flaqueza». Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2Cor 12,9).

La fragilidad del acompañante, acogida y reconocida con humildad, no solo es fuente de empatía ante la vulnerabilidad del otro, sino que también hace aún más

evidente que es el Señor Quien pone la palabra precisa en su boca, sugiere la acción adecuada o propone la recomendación conveniente para facilitar el proceso de la persona a la que acompaña.

5. Acompañar: un don que se convierte en tarea

Nadie se hace experto por tener una gran habilidad natural si carece de técnica. Del mismo modo, tampoco nos hacemos virtuosos a golpe de mero empeño y voluntad, pero careciendo de capacidades naturales. El acompañamiento es, sin duda, un arte que combina diversos elementos. Como afirmaba Madeleine Delbrêl, “la fe nos permite ser artistas. Pero una obra de artista no se realiza sin un trabajo de artesanos”. En la tarea de ser mediadores del Señor y ayudar a otros en el seguimiento confluyen la técnica aprendida, cierta intuición natural y ese olfato especial para percibir el paso de Dios por lo cotidiano que se va gestando ante Él. Estas dimensiones, que convierten el acompañamiento en un arte, se alimentan entre sí y se enriquecen.

Como hemos repetido, lo importante del trabajo de una partera no es que este sea reconocido o valorado, sino que tanto el recién nacido como su madre se encuentren sanos y fuertes. Esta misma es la labor del acompañante, de ahí que se debería repetir, como un estribillo o mantra, el deseo de “que seas Tú y no yo”²⁰. El don de convertirse en mediadores y testigos privilegiados de lo que Dios hace en la existencia de los demás implica, además, una esforzada responsabilidad que impulsa a implicarse y comprometerse en estorbar lo menos posible el paso del Señor por las vidas ajenas. ¿No es una apasionante aventura?

²⁰ Este es el estribillo de una canción del disco “15 olas” del grupo de música cristiana llamado “Ruah”. La letra de esta canción resume, de algún modo, mucho de lo expresado en estas páginas. Su música se puede bajar de forma gratuita y legal en, <http://ruah-musica.blogspot.com> (consulta 20 julio 2020).